

**Sr. Bruno Rosario Candelier**  
Semblanza del Galardonado

### **La obra de Mariano Lebrón Saviñón**

El Premio Nacional de Literatura que la prestigiosa Fundación Corripio y la Secretaría de Educación otorgan a Mariano Lebrón Saviñón honra la vida de un escritor consagrado al buen decir, a la promoción de valores, a la docencia y la investigación, a la difusión de las artes y las letras y sobre todo a la creación literaria con un alto sentido de la belleza y el bien.

Desde Platón la belleza ha concitado la atención de poetas, filósofos y místicos, y ha sido crisol de sensibilidades en sorprendentes creaciones del lenguaje. Sentimos la belleza en sus múltiples manifestaciones. La advertimos en el movimiento del alma, la excitación de los sentidos y la activación de la imaginación, la pasión y la intuición, y el resultado en el ámbito de la creación estética, es la expresión de lo que sentimos interiormente.

Mariano Lebrón Saviñón ha puesto sus talentos al servicio de la creación literaria, al saber que enriquece el espíritu y la sensibilidad, a la valoración del producto de la intuición y el intelecto. Hombre apasionado y justo, desinteresado y cordial, halla en el humanismo la fuente nutricia de sus ideales y en la formación de la juventud la razón de ser de una vocación que se anida en las almas generosas y altruistas, como la suya.

El escrito que nos congrega en ese homenaje a la inteligencia y la sensibilidad pertenece a la legión de agraciados con el temple moral, intelectual, y cultural que han dedicado sus vidas a servir con amor, a compartir con honestidad, a vivir con un acendrado sentido del honor y el decoro a través del cultivo de las letras como pasión vital. Desde muy joven, este brillante académico asumió la creación con auténtica vocación estética y humanizante. Desde temprana edad se dedicó al cultivo literario, y en la ya lejana fecha de 1949, Divina Gómez escenificaba en Moca una de las composiciones dramáticas de Mariano, "Cuando el otoño siega sus hojas", que nuestro poeta y dramaturgo publicara en 1945.

Con su vibrante defensa de la lengua y la cultura, este entusiasta animador de las artes y las letras ha ejercido, con ascético fervor, un liderazgo cultural a través de un fecundo magisterio durante cincuenta años, que este Premio Nacional viene a consagrar con su presea justiciera.

Tres hitos relevantes signan la vida de don Mariano; su vínculo con La Poesía Sorprendida, su ejecutoria como profesor y animador cultural y su labor académica.

Cofundador del más vigoroso y fecundo grupo poético dominicano, que Mariano Lebrón Saviñón bautizó con el nombre de Poesía Sorprendida, en la que destacaron Franklin Mieses Burgos, Rafael Américo Henríquez, Freddy Gatón Arce, Manuel Valerio, Aida Cartagena, Antonio Fernández Spencer, Manuel Llanes y Manuel Rueda. Nuestro autor contribuyó con sus creaciones neorrománticas, simbolistas y surrealistas a fortalecer una tendencia estética que tiene el mérito de implantar el Subjetivismo en las letras dominicanas. La poesía de Lebrón Saviñón se distingue por su entusiasmo lírico, pureza expresiva y ternura consentida en caudalosas imágenes cautivantes y ejemplares.

En su dilatada carrera literaria no hay un escenario nacional que no haya contado con la voz henchida de elocuencia, erudición y pulcritud de este egregio escritor dominicano. Cuando fundamos el Taller Literario “Littera” en la Escuela Normal de Licey, en 1966, que fue el primero en su género en el país, invitamos a Mariano Lebrón Saviñón a dar inicio, con una charla suya, al plan de formación literaria para los integrantes de ese grupo y los del plantel escolar, y Mariano nos deslumbró con su magistral conferencia sobre “Coplas y cantares populares”.

Este singular Humanista y Maestro tiene en su haber una larga ejecutoria en beneficio del desarrollo literario del país. Nació en 1922 en el seno de una familia de intelectuales y poetas, y desde los quince años viene publicando sus composiciones poéticas. En su encomiable trayectoria de escritor, educador y académico ha desplegado ingentes esfuerzos en la orientación de grupos literarios, la promoción cultural a través de charlas, conferencias y tertulias, en la defensa y valoración del idioma, en la prolongación de decenas de libros y revistas, y en la producción de su obra ensayística, teatral, narrativa, poética y crítica.

Con verbo encendido, rigor documental y elegancia en la elocución, este egregio varón de las letras nacionales ha sabido engarzar el más hermoso saber al ideal edificante y didáctico en favor de las nuevas vocaciones literarias, potenciando el talento creador, sabiendo, con Horacio, que las almas no son vasos que se han de llenar sino antorchas que se han de encender.

Esta apreciación la inferimos de su monumental “Historia de la cultura dominicana” donde recoge las manifestaciones históricas, lingüísticas, folklóricas, artísticas y literarias que expresan los rasgos creativos de la imaginación y la sensibilidad del pueblo dominicano, y en cada una de sus ponencias, disertaciones o presentaciones se distingue el aporte de un intelecto preclaro e intuitivo como el de Mariano Lebrón Saviñón, y el acento de un alma sensible a los ideales del espíritu.

Desde 1970 figura como Miembro Titular de la Academia Dominicana de la Lengua, a la que ha servido como Secretario y Presidente en una participación solidaria y enriquecedora en sus reuniones ordinarias, en los congresos internacionales o en las delegaciones que ha ostentado la representación académica de la República Dominicana.

Lebrón Saviñón sintió que su misión en la vida es ser instrumento de un ideal. Ideal que en él estuvo pautado por la impronta humanista que permea toda su obra con el aliento vigorizante de lo clásico como criterio rector y el acento renovador de la Modernidad como criterio orientador.

La nómina de sus publicaciones registran títulos que datan desde 1943, es decir, más de medio siglo de activismo fecundo: Su primer poemario lo publica en colaboración con Domingo Moreno Jimenes y Alberto Baeza Flores, “Triálogos”, que edita La Poesía Sorprendida en 1943, y al año siguiente aparece su primer libro “Sonámbulo sin sueño”, también con el sello de La Poesía Sorprendida. En 1945 “Cuadernos Dominicanos de Cultura” da a conocer su obra teatral “Myrtha Primavera” y “Cuando el otoño siega las hojas”. En 1949 publica en Buenos Aires, donde hizo un Postgrado en Pediatría tras graduarse de Médico Cirujano en la Universidad de Santo Domingo, la obra “Luces del trópico”, un tomo de ensayos y conferencias. A su retorno al país labora en la investigación médica, dando a conocer en las dos décadas subsiguientes sus “Nociones de Pedría”, las “Memorias” de la Academia Dominicana de Medicina, que

ayudó a fundar, y el “Herbario dominicano”. Publica para entonces “Carta de un joven médico a un profano” y el cuento “Los ancianos”.

Vuelve a sus andanzas literarias, y en 1981 la Universidad Pedro Henríquez Ureña, donde ejerció la docencia por muchos años, edita su obra de mayor despliegue intelectual, los cinco tomos de “Historia de la cultura dominicana”. En 1982 recoge la mayor parte de su producción poética con el título “Tiempo en la Tierra”. Y su último poemario, “Vuelta al ayer”, está circulando desde el año pasado entre nosotros.

Cuando Mariano Lebrón Saviñón se incorpora al grupo de La Poesía Sorprendida, inicia una jornada literaria que se correspondía con su verdadera vocación. La tendencia poética capitaneada por Franklin Mieses Burgos, la más fecunda y vigorosa de las promociones poéticas dominicanas, encontró en Mariano una sensibilidad porosa a la línea esencial de su ideario estético, la de forjar una “Poesía con el hombre universal”, canalizando en forma artística la preocupación entrañable del hombre y su destino. Prevalido del rico filón del mundo clásico, especialmente la copiosa veta del Siglo de Oro de las letras hispánicas aunó a su apelación romántica las gemas simbolistas, creacionistas y surrealistas de su prestante grupo, enriqueciendo el acervo lírico de nuestra poesía con su visión tierna, amorosa y cordial.

En ocasión del homenaje que los escritores del Cibao le atribuíamos a don Mariano, nuestro poeta confesó en Moca su entrañable vocación literaria, diciendo, entre otras cosas: “Esta fidelidad mía tan permanente, a una acuciante vocación que me pone estremecido y sufriente ante la creación. Así ha sido, desde mi lejana muchachez, cuando a los quince años de edad, reticente todavía y balbuciente, lancé este clamor a los aires, en busca de un humilde y entonces poco conocido Antonio Machado, que me enseñó a admirar a mi padre, clamor que desde luego él nunca oyó: “Antonio, Antonio, tu rosal de aroma/ florece en la nostalgia de mi amor como íntima rosa que se asoma/ porque soy como tú, triste y sediento,/ y como tú discípulo del viento,/ y también aprendiz de ruiseñor” (1).

Paradigma de generosidad y altruismo desde el ámbito del Humanismo que profesa, Mariano Lebrón Saviñón es el escritor dominicano que formaliza con mayor hondura en su verbo apasionado el zumo castizo de nuestra lengua desde su acendrado fervor hispánico. Las

esencias de nuestra raíz ibérica brotan en los versos de Mariano con el primor y la frescura de una creación que ha escanciado la huella prístina de lo que Unamuno llamaba “La sangre del espíritu” canalizada a través de la lírica de Fray Luis de León, Francisco de Quevedo, San Juan de la Cruz, Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado, Federico García Lorca y Pedro Salinas, y ha sabido engarzar el genio de nuestra lengua a las raíces telúricas y afectivas de nuestro pueblo con tal virtud que nuestro galardonado poeta es el creador dominicano que mejor ha aclimatado a nuestra idiosincrasia los benéficos inglujos de la literatura española sin opacar nuestra forma peculiar de asumir el mundo con nuestro propio acento, como se expresa el poeta en “Invocación a mi isla”:

*Te llamo desde el bosque ardido de distancia  
Esperando una estrella de sed en mi horizonte.  
Por tu hermosura salto, trópico enardecido,  
por tu torso de estrellas, de sol y lunas y mares.*

*Voy más allá del canto buscando tu sentido,  
pero quedas entero: pétalo, polen, fruto.  
Creces como un estambre de esperanza  
y en el ancho pistilo del mundo te agigantas.*

*Te busco desde lejos. Te entregas como un árbol,  
como una isla abierta en medio a un gran pantano,  
como una fuente pura en aridez de rosas.  
Te busco desde lejos. Enarcs tud sos manos  
por la frente del hada, y sollozante y loco}  
aspiras tu perfume de amor entre los pinos.*

En Mariano la poesía es expresión ardorosa y sensitiva. Hablo de la poesía en el sentido clásico de los griegos, poieses en la lengua de Homero, es decir, creación o invención de imágenes, y ambas modalidades se plasman primorosamente en la poesía de nuestro querido creador. En efecto, en la poesía de Lebrón Saviñón revive, remozada y espléndida, la energía del idioma, esa energía que da cuenta del aliento creador, de la gracia lírica, de la virtud expresiva canalizada en metáforas y símbolos a través de su alma límpida y diáfana en concierto con los efluvios intangibles que nuestro poeta transmuta en versos henchíos de ternura y piedad:

*¡Oh monte de mis montes de mis ríos!  
¡Secreto de mi pájaro callado!  
Pájaro sin cantar, olvido mío  
en mi cerro varado  
en soledad sin fin entusiasmado.  
Música del recuerdo en el olvido  
¡oh fuente de ternura!  
Recuesto mi piedad, amanecido,  
buscando la hermosura  
donde se anega mi piedad, critura.*

Creador curtido en el fiero ideal de la alta cultura y en los predios tangibles de las cotidianidades, este egregio dominicano ha sabido curcutear las vividuras de los pueblos, y beber, como en efecto ha bebido, la leche nutricia en los pechos generosos de las Humanidades en una fecunda cópula de cultura vivencial y cultura académica con la secreta complicidad de la intuición, la imaginación y la pasión. Por eso expresó en “Canción dolida”:

*Por los serenos cauces de tu sangre  
vuela la alondra ebria de mi vida,  
canta mi corazón.  
Ayer fui tu canción. Hoy soy el eco ebrio  
de tus dolores y tus ansias. (...)  
en la cuerda de mi arpa sollozaba un gran silencio  
bajo el cóncavo vacío de tu cielo despoblado.*

Mariano Lebrón asume el “dolorido sentir” de que hablaba Garcilaso, haciendo de su corazón enamorado la fuente de creaciones entrañables, y de sus poemas, fragmentos del mundo desde el cual otea el alma humana para endulzar sus cuías y nostalgias desde el hondón de una sensibilidad herida por la garra inmortal de la dolencia divina. Ese es el sentido profundo de esta tanka de Mariano:

*Desgarrado de espinas  
levantó el alba  
para encerrar  
el universo en el negro de los ojos  
y la eternidad en una lágrima. (2)*

Poeta de la frescura y la gracia, de la sorpresa emotiva y la pureza lírica, de la imagen florida y la ternura consentida, de su corazón brotan, como salidas de un pecho ebrio de metáforas ardientes, cascadas de imágenes que hacen de su orbe poético el canto que engarza al aliento sensitivo de su lira la expresión jubilosa del espíritu.

### **Notas**

1. Bruno Rosario Candelier. "La búsqueda de lo Absoluto". Moca, publicación del Ateneo Insular, 1977, p. 86.
2. Mariano Lebrón Saviñón. "Tiempo en la tierra". Editora Corripio, Santo Domingo, 1982. Los poemas y fragmentos de poemas citados aparecen en esta edición.

23 de febrero 1999